SUPLEMENTO DE ESTILO Y DECORACION DE PAGINA|12. SABADO 31 DE ENERO DE 2009. AÑO 10. Nº 519

m²



ellas



tres mujeres cuentan cómo es la vida y el trabajo de las diseñadoras industriales



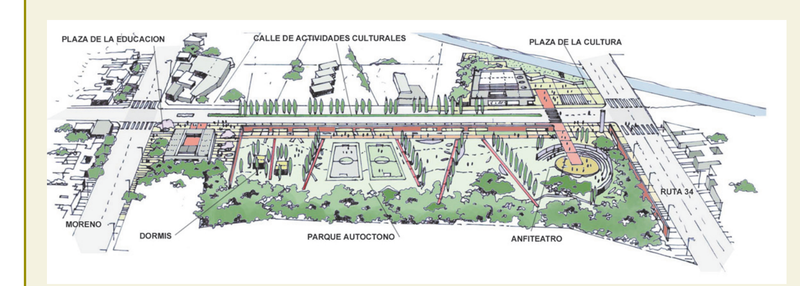
Un concurso construido en Mendoza

POR MATIAS GIGLI

Mendoza viene trabajando bien en cuanto a concursos y ya en 2008 se materializaron tres: la remodelación de la sede del Jockey Club, el INTI y el Plan estratégico para la zona industrial de la ciudad. Desde General Lavalle, en la misma Mendoza, llega la noticia de que el concurso lanzado en 2005 ya tiene la primera etapa terminada.

El Centro de Educación Superior se construyó con proyecto de Mariano Orlando y Pablo Suárez, y ahora la municipalidad planea arrancar con la segunda etapa, que comprende el Centro Cultural y el desarrollo de plazas y parque cercano al nuevo complejo. Para Orlando y Suárez, arquitectos que transitan los treinta y pico, es un logro importante. Si bien es su segundo concurso ganado, es la primera vez que pueden ver los muros elevados de un premio.

Desde el concurso se pudo establecer un plan integrador y abordar una reflexión sobre el carácter de los edificios públicos que la ciudad necesitaba. En el anteproyecto se planteó una estrategia urbana que consistía en concentrar en un fuerte tridente de plazas las funciones de Cultura, Educación y Gobierno como hitos referenciales de la nueva Lavalle. La implantación de los edificios vinculados a los espacios públicos, uno de cultura y otro de educación, jerarquizan su carácter institucional. Se configura un circuito urbano que integra los nuevos volúmenes al centro de la ciudad, convirtiendo la intervención en evento urbano. Transforma la calle Fleming en eje de actividades culturales, promoviendo la actividad social y el encuentro.



La Plaza de la Cultura, hacia la ruta 34, se convierte en propuesta de imagen al llegar a la ciudad. La Plaza de la Educación reafirma la importancia de la calle Moreno. El resto del terreno, destinado al programa de educación, dispone de un parque autóctono forestado con especies de la región que remata frente al edificio del Centro Cultural con el Anfiteatro, relacionando ambas actividades y resolviendo una accesibilidad masiva hacia el lado de la ruta.

Los arquitectos proponen edificios basados en su claridad funcional y morfológica, respondiendo con edificios de geometría simple y circulaciones claras. También se privilegió la claridad constructiva utilizando técnicas tradicionales de construcción y materiales de fácil mantenimiento, perdurables en el tiempo. Se buscó dar una imagen institucional al marco constituido por las plazas con la incorporación de materiales nobles como la piedra, el hormigón y la madera, consiguiendo una imagen contemporánea con acentos autóctonos. Este año, en General Lavalle esperan terminar la segunda etapa del conjunto.

Cosas de mujeres

Son minoría en el diseño industrial y tuvieron que enfrentar desde hábitos culturales hasta prejuicios. Un diálogo con tres que se abrieron camino en un mundo que supo ser de hombres.

POR LUJAN CAMBARIERE

"Soy mujer y estudio diseño industrial" avisa un grupo en el Facebook. Son chilenas e invitan a encolumnarse a todas aquellas que "se hayan quitado el esmalte de uñas con diluyente a la Piroxilina, no le tienen miedo a la sierra circular, el torno ni la fresadora, saben que no tienen caspa sino aserrín, tienen su ropa manchada con pegamento de contacto". Y la que más me gustó, "se secan el pelo con pistola de calor". Entre otras coincidencias que invitan a comentar a las que quieran sumarse a un grupo, que por lo menos hasta hoy, aunque en la universidad se esté revirtiendo la cosa, siguen siendo franca minoría. Ya que además, por una cuestión de género o de cantidad, mantienen el perfil bajo. O al menos el mediático, ya que a la hora de meterse en las líneas de producción de una fábrica o en talleres de todo tipo, dominios también del varón, no titubean.

Hace unos años nos ocupamos desde **m2** de abrir el debate sobre esta minoría creativa y hoy, tiempo después, volvemos a la carga con testimonios de tres profesionales que trabajan para la industria, se dedican también a la docencia y si bien nunca se lo plantearon como tema, no tuvieron problema en reflexionar sobre la situación de la mujer en su profesión regalándonos más de una curiosa anécdota para engrosar la lista de las chilenas: "Si de chica cambiabas las Barbies por los Legos, si en vez de vestir muñecas preferías hacerles su casa, utilitarios y objetos, si pensaste en la arquitectura como opción hasta que descubriste algo llamado diseño".

María Mata, zapatera

Ese apellido potente algo tiene que haber influido para el huracán rubio que es hoy, sentada en una mesa de una casa chorizo de Palermo con su computadora portátil y teléfonos varios, entre envíos inminentes de Fedexs, moldes y muestras de cueros. Según sus compañeros de facultad que orgullosos la recomendaron, María es la reina del calzado. Con toda una trayectoria en el rubro, por más que araña los 33 años, y paso por las marcas más importantes. Desde Prego –donde se inició a los 20–, pasando a otras que ahora provee y asesora, desde su propia empresa.

–¿Antecedentes?

–Tengo una familia muy artística. Mi papá hacía televisión, mi mamá pinta y yo sabía que quería estudiar algo de diseño desde siempre. Así que fui rotando de gráfico, arquitectura, hasta que descubrí industrial, que era de los diseños el que tenía una ramificación más interesante y se pega con todos las demás. Ya en el colegio me gustaban mucho los números, matemática, física, la parte más dura.

–Cuando empezaste la carrera, ¿recordás el porcentaje de mujeres y hombres que había?

–Cien varones y cinco mujeres. Aparte cursé a la noche y en esa época te cortaban la cabeza, así que empezamos 120, el práctico final lo hicimos 15 y aprobamos 5.

–¿Hubo cosas que te costaban más?

–Tecnología. Pero no es que me costaba más, porque estudiaba y me iba bien, sino que le tenía ese temor o cierto prejuicio. Porque además, por ejemplo, venía el profesor directo hacia nosotras y decía: "Bueno, chicas, esto es una caja de cambios". Y obviamente venía a explicarlo a una mesa donde había mujeres, no les iba a explicar a los chicos cómo era una caja de cambios de un auto. Esas cosas pasaban.

–¿Prejuicio absoluto que las mujeres no se llevan con la tecnología?

–Sí, es más cultural. A mí de chica me gustaba desarmar cosas. Jugaba con las Barbies pero en realidad no jugaba. Les armaba el edificio, la estructura, pero después no jugaba. Jugar con la Barbie en sí me parecía aburridísimo. Era más de Legos, Playmobil.

–¿Y en lo laboral?

–En mi rubro no me afecta, porque hace diez años que trabajo de esto. Me siento con cualquier operario y le indico cómo hacer las cosas y está todo bien. Pero la primera mirada es discriminatoria. A mí me pasó que empecé a trabajar en fábrica muy chica, a los 20, e iba directo de la facultad con remeritas cortitas que se usaban entonces, y un cortador en el depósito se me tiró encima para darme un beso y me agarró un ataque. Lo dejé encerrado en el depósito con llave y cuando le fui a decir a mi jefe, el dueño de la fábrica me contestó: "Y, son todos hombres. Vení vestida con ropa más holgada".

–¿Y cómo llegás a especializarte en calzado?

–Tuve que salir a trabajar desde chica. No era especialmente fanática de los zapatos, aunque a todas las mujeres nos gustan, pero tenía claro que quería trabajar en una industria nacional. Así di con Prego. El dueño de la fábrica es arquitecto y pegué re buena onda. Al poco tiempo, ya hacía de todo: atendía clientes, aparadores (los que cosen las partes), organizaba la producción, todo. Estaba fascinada. En realidad no me puse a dibujar nada, pero todo el tiempo estás tomando decisiones de diseño. De ahí pasé a trabajar para Paula Cahen Accesorios. Otra experiencia increíble, a la semana viajando a ver fábricas en Brasil para manejar las producciones que se hacían allá. Me iba a la facultad con la valija. Inyección directa, vulcanizado, todo lo que puedas imaginar. Líneas de producción eternas. Llegaba y se me caía la baba. Hasta que llegó el turno de abrirme sola, que si bien es un esfuerzo enorme, tiene el enorme beneficio de que soy yo quien toma las decisiones. Produzco accesorios, calzado y carteras para diferentes etiquetas –Jazmín Chebar, María Cher–, desarrollo proyectos especiales que me llenan de orgullo, como una colección especial para la BAF Week de cuero calado para Laura Valenzuela. Ahora estamos presentando un desarrollo, la bandolera Oso, con Valeria Pesqueira, una cartera que compró el MOMA termoformada y forrada en cuero. Tengo mi empresa, reuniones con el contador, idas vueltas al banco, un trabajo siempre contra reloj, cien por ciento diseño industrial, aunque muchos, de nuevo la discriminación, me digan que hago indumentaria, porque para hacer desarrollo tomo todas las decisiones que otros no toman.



María Mata: calzado y accesorios para Paula Cahen Niños, María Cher, Lupe y Lázaro; la bandolera Oso junto a Valeria Pesqueira.

Vera Kade, packaging

Aunque ahora forme parte de un trío con el que ostenta su propio estudio (BCK ID junto a Javier Bertani y Ezequiel Castro), a sus 28 años Vera pasó por casi todas las instancias posibles. Trabajo en relación de dependencia para la empresa Unilever en desarrollo de envases; en un estudio, Brion, donde eran todos varones y, según ella, tuvieron que modificar algunas costumbres para recibirla, haciendo identidad corporativa y diseño experimental, y ahora con dos compañeros de la facultad con los que desarrollaron una multipremiada cocina solar para camping (Innovar, Index, Red Dot) hacen desde desarrollo de envases para Centroamérica, maquinaria para el agro y ganan concursos, como el reciente de Personal, donde se alzaron con el primer premio por sus Anillos de Colores.

–¿Por qué diseño industrial?

–No hay mucho antecedente en mi familia. Quizá responde a la interacción de dos cosas, la parte masculina que son ingenieros y la parte femenina dedicada a las manualidades. Así, desde el secundario tenía la idea de hacer algo relacionado con la arquitectura. No conocía el diseño, así que llegué por ese lado. Igual es curioso porque la profesión se va transformando mientras vas estudiando. Empezás porque lo ves como la intersección entre arte y técnica, pero a medida que vas cursando vas incorporando su verdadera razón de ser, que es la social, la de un operador de la sociedad, ese que crea el hábitat de las personas, algo que quizá no pensaba o no sabía cuando arranqué.

–¿Recordás la proporción de hombres y mujeres cuando comenzaste la facultad?

–La mayoría eran varones y muy técnicos, porque muchos venían de colegios industriales. Además, culturalmente, no es común que una chica sea la que se arregle el auto o una bicicleta, por más que yo nunca jugué con muñecas.

–¿Cómo es eso?

–Yo tenía una gran frustración con los Legos pero porque tenía muy pocos para la ambición de proyectos que tenía en mente. Con respecto a las muñecas, a mí me gustaba armarles la casita. Después, jugar a la mamá y esas cosas no me atraía. De hecho, ése era un conflicto con mis amigas porque armábamos todo y cuando querían empezar a jugar, mi juego ya había terminado. Entonces no coincidíamos.

–¿Y durante la carrera, o en la profesión, en qué se notaba la diferencia o cierta discriminación?

–Se notaba mucho en la ferretería. El ferretero, cuando sos mujer, te pregunta para qué querés todo lo que le pedís. ¡Y vos ya sabés para qué lo querés! Entonces querés un litro de tiner y de nuevo: "¿Para qué lo querés?". "¿Y a vos qué te importa?", te dan ganas de decirle. Entonces había que entrar con una pregunta muy técnica del tipo: "¿Estos tornillos son de rosca métrica? Entonces con eso ya no preguntaba. Pero ojo, que tampoco fue un karma. Obviamente, diferencias existen, pero nunca las he sentido como discriminatorias. Además, no sé si sólo hay pocas mujeres, sino que trabajan en lugares de menos exposición. Más escondidas. En docencia, investigación, estrategia. Y sí, la mujer tiende a ser más de pensar y el varón de ejecutar. Mismo se da acá adentro. Nos juntamos porque tenemos perfiles diferentes. Hoy me pregunto qué mundo, en lo que me toca, estoy creando para la gente y desde ese lugar el ser mujer es de un enorme potencial.

–¿Y en otros segmentos como el agro?

–Ezequiel es de Carmen de Areco, así que comenzaron a surgir varios proyectos con el agro, como el de una máquina intersembradora. Fue un trabajo muy rápido, así que nos ocupamos de todo, matricería, prototipeado, fibra de vidrio. Hasta hicimos nosotros mismos la parte del modelado y ahí sí tuve que hacerme a un lado, porque una mujer en un taller así entorpece, porque todos paran para ayudarte. En definitiva, hay que ser estrategas. De eso se trata el diseño.



Vera Kade: cocina solar para camping, envases para los concursos de Unilever, carcasa de una intersembradora y, en tapa, anillos de Personal.

I Hsiu Chen, muebles y objetos

I Hsiu tiene 35 años y vino de Taiwán a los siete. Su familia buscaba emigrar por las constantes amenazas de guerra y ella adoptó nuestro país como propio. De hecho, después de unos años, sus padres regresaron y ella decidió quedarse. Dedicada a la docencia y, en el ámbito profesional, a los más variados encargos, asociada con otros profesionales, también se destacó en varios concursos de diseño como el de la Asociación de Productores de Muebles de Madera de Asahikawa, Japón, donde presentó la bella estantería Sieteoctavos junto a Martín Wolfson y Juan Pablo Sorkin. Y más recientemente, Plata Lappas junto a Joaquina D'Amico, con tres bols que configuran una esfera en repujado en plata.

–¿Se vislumbraba en tu infancia la diseñadora que serías hoy?

–Yo creo que sí. Siempre me había gustado el tema de diseñar. Mi papá era constructor. Mi hermana, arquitecta. Jugaba mucho con los Playmobil, los Legos, me gustaba mucho dibujar. No conocía la existencia del diseño industrial hasta que mi hermana, que ya estaba en la FADU, me contó.

–¿Cómo fueron los inicios en la universidad?

–Cuando yo cursé (terminé en el '99) éramos pocas. Diferencias no había, salvo tal vez en tecnología, porque las chicas veníamos de bachilleratos y los varones del industrial.

–¿Cuándo salís de la facultad?

–Empecé a trabajar antes de terminar. En lo que se podía hacer en ese momento, mucho stand. Después trabajé un tiempo en un estudio de un diseñador argentino que estudió en Israel, en producción masiva, haciendo planchitas de pelo, secadores, afeitadoras, cortadoras de pelo. Productos de inyección, muy interesante. Hasta que empecé por mi cuenta. Y desde ahí, hice de todo.

–¿Además de participar en varios concursos como el que dio vida a la estantería?

–Sí, la hicimos con dos amigos, compañeros de la facultad. Era un concurso de muebles de madera para fomentar la industria de una región de Japón. Hicimos una biblioteca en cerezo que fue seleccionada. Un sistema de estantes que generan un muro flexible con múltiples funciones.

–¿Aplicás aspectos de tu cultura originaria al diseño?

–Es difícil decirlo, para mí. Por lo que me dicen otros, más que nada, está el tema de la capacidad de trabajo. Sentarme a trabajar y trabajar y olvidarme del mundo. Me lo dicen en chiste pero es real. Después, creo que sí hay aspectos; son muy inconscientes, por eso de haber venido de chica y tener que hacer como un cierre con mi cultura para poder adaptarme. Un mecanismo para insertarme que ahora estoy reviendo.

–¿Notás diferencias de género a la hora de trabajar?

–No, yo no siento diferencia por género sino por afinidad personal. Por ahí sí como estudiantes teníamos ciertas características frente a otras mujeres: nunca una uña pintada. Y después hay algo curioso que pasa, que nunca nos nombran como diseñadoras. En el ámbito fabril nos dicen ingenieras y en otros, arquitectas. Pero creo que eso pasa por disciplina joven y nos toca a todos.

La estantería en cerezo y, en tapa, los bols en plata de I Hsiu Chen.

POR SERGIO KIERNAN

Museos domésticos

Nunca habrá un argentino que se impresione con los museos de Sudáfrica. No es cuestión de ser viajado y andar comparando con las glorias de Europa o Nueva York, imbatibles en la cantidad y calidad de tesoros. Pero sí es cuestión de comparar tercer mundo con tercer mundo y pensar por un segundo en qué se anduvo gastando la plata, lo que lleva directamente al proyecto de país que tuvo cada quien. De este lado del Atlántico, los museos demuestran que hubo un proyecto que, cuestionado o no, acumuló piezas culturales hasta lograr milagretes como una sala Goya en Bellas Artes. Cruzando el charco el paisaje es muy diferente, más magro, reflejando que el oro y los diamantes del rand se gastaron en otras cosas menos públicas. Dicen los que buscan arte en Sudáfrica que hay grandes colecciones privadas, míticas en su esplendor, pero lejos de la vista del público.



La fachada principal de Groot Constantia, la casa de Van der Stel iniciada en 1692, ampliada hacia 1850 y reconstruida en 1925.

Una buena costumbre sudafricana es la creación de museos en viviendas históricas restauradas o reconstruidas, equipadas con elementos de época. Una primera nota sobre esta manera poco común entre nosotros de mostrar el patrimonio edificado.

Esta situación simplemente refleja la historia local, con su dolorosa discusión de quién es parte de la sociedad y quién no. También como reflejo de esa historia abunda un tipo de patrimonio que entre nosotros es raro, casi ausente: la casa antigua perfectamente restaurada o conservada, y equipada de época. Sudáfrica es un paraíso para el que le interese la arquitectura patrimonial porque permite ver muchos edificios en óptimo estado, con sus mobiliarios de época y en muchos casos retroequipados con instalaciones como cocinas a leña y fábricas de velas.

Sudáfrica empieza, en términos de arquitectura, en Ciudad del Cabo, que guarda un fuerte –el Castillo– y un par de docenas de edificios de fuste y alto valor. El mismo Castillo, hoy un museo, incluye varios edificios militares y de gobierno de las épocas holandesa e inglesa, y ámbitos encantadores como el largo comedor del primer piso de la residencia del Gobernador, con su interminable mesa permanentemente tendida como para recibir a una larga comitiva de invitados, con vajilla y cristalería de la Compañía Holandesa de Indias.

En el Centro viejo hay varios edificios históricos de acceso público, todos administrados por Iziko, el conjunto de museos local, que incluyen lo que antaño fueron un par de casas particulares. Pero para empezar a ver de qué se trata realmente el fenómeno del museo doméstico hay que ir al interior inmediato de la ciudad y recorrer los caminos de la vieja colonización holandesa de principios del siglo 18.

No hace falta viajar mucho para encontrar el primer y tal vez mejor de los tesoros, la gran casa de Groot Constantia en los suburbios urbanos del otro lado de la montaña de Table Mountain. Groot Constantia le dio el nombre a toda la región, hoy llamada Constantia y pronunciada "Constanshia", que abarca varios barrios de buen cuño, el célebre jardín botánico de Kirstenbosch y el complejo de residencias de verano del gobierno, todo al pie de la montaña. Buena parte de esta tierra fue obtenida en 1685 por Simon van der Stel, que llegó a la mínima colonia del Cabo en 1679 como comandante militar, luego fue gobernador, construyó la primera versión del caserón en 1692, fue destituido por corrupto y enviado de vuelta a Holanda pero pudo volver en 1699 a disfrutar de su vejez en Groot Constantia hasta su muerte en 1712.



La escalera del patio interno, con el hermoso galpón de vendimia atrás.

Van der Stel era un colonial hiperkinético, hijo del gobernador holandés de Mauritius y de una mujer hindú llamada, obvio invento, Mónica de la Costa. Cuando le encargaron defender a la pequeña colonia africana, Van der Stel dejó esposa e hijas para siempre en Amsterdam y llevó a cuatro de sus hijos varones, ya crecidos. Uno de ellos, Willem Adriaan, también sería gobernador, también lograría tierras sin fin y moriría rico.

Groot Constantia es un viñedo desde hace casi tres siglos. La casa pasó de mano en mano hasta que a mediados del siglo 19 la compró la familia De Cloete, que la mantuvo por tres generaciones y se la vendió al filo del 1900 al gobierno local para que fuera un viñedo modelo y escuela de enología. Hoy, el visitante verá una vitivinicultura activa en las tierras que el gobierno local le alquila a una firma, y un conjunto de edificios históricos en impecable estado, con dos restaurantes de primer nivel y una feria de antigüedades los fines de semana. En el centro de todo están la casa principal y el espectacular galpón de vendimia.

Groot Constantia está en un terraplén trabajosamente nivelado, plantado con robles y confinado con un murete blanco que permite asomarse a los viñedos. La casa principal es casi una reconstrucción después de un tremendo incendio en 1925, pero el resto de los edificios –las caballerizas, la jonkerhuis, la vendimia– son originales. Según se pudo comprobar en 1925, Van der Stael construyó una casa algo más pequeña que la que se ve en la foto y sin los frontis holandeses que la dominan hoy. Según la arqueología, no existía la vereda –el *stoep*– ni el patio trasero, y las ventanas eran mucho más simples, quizás fijas.

Muerto Van der Stel, la casa fue confiscada por el gobierno, sus tierras divididas y el casco vendido al capitán Olof Bergh, comandante de la guardia local. Luego hubo varios pases de mano, hasta que los Cloete la tomaron, en muy mal estado. En 1791 se construyó el glorioso galpón de vendimia, un paralelepípedo de perfectas proporciones clásicas que de un lado muestra una fachada seca, casi abstracta –ver foto– y del otro un pedimento con un grupo escultórico digno de un palacio, probablemente obra del francés Thibault, introductor del neoclasicismo en la pequeña colonia.

Fue el primero de esta familia, Hendrik, el que mejoró la casa hacia 1850, dándole el garbo que se ve hoy, y se especula que lo hizo siguiendo un proyecto también de Thibault que no se ejecutó medio siglo antes. Como sea, lo que puede visitarse hoy es la reconstrucción arqueológica y exacta de la casa de los Cloete, con su techo de paja africana cortado a mano.

Groot Constantia resulta un manual de estilo de la arquitectura holandesa del Cabo. La casa comienza canónicamente con una *voorkammer*, un hall en altura que hacía de recibidor y entrada, rematada con una gran araña de bronce. A ambos lados se abren sendos ambientes, uno utilizado como recibidor por la señora de la casa y el otro como oficina-estar-lugar de reunión por el dueño. Ambos ambientes muestran mobiliarios y decoraciones del siglo 18, incluyendo una colección de calentadores de pies –braseros metidos en elaboradas jaulas de bronces– y de escupideras enlozadas.

La voorkammer es, en rigor, un espacio virtual. La casona está cruzada por un gran ambiente de fachada a fachada, y la única división es un muro en pantalla de vidrios y maderas, muy bonito y capaz de dejar pasar la luz y la brisa. Cribado de puertas y banderolas, este muro da entrada a la *stoepkammer*, centro geográfico de la casa y algo mayor que la voorkammer. este ambiente recibe luz propia por una puerta vidriada flanqueada por dos ventanas altas y funciona como living, comedor para visitantes, salón de fiestas y lugar de reunión. Hoy se lo ve como equipado como para un día común, con una gran mesa al centro, de las que tienen alas ocultas y pueden crecer para sentar mucha gente, y muchas sillas arrimadas a las paredes. A un lado se abren la cocina, poblada de potes de cobre e instrumentos de hierro, y varios ambientes más íntimos con inmensos armarios de maderas duras y diferentes épocas. El primer piso aloja los dormitorios.

Del segundo ambiente principal se accede al patio íntimo bajando una escalinata hoy amurada de flores (ver foto). Por este patio se iba al semisubsuelo de la casa, usado como despensa, depósitos y hasta corrales. La vista desde lo alto de la escalinata es hermosa: al fondo, el galpón de vendimia –hoy un museo del vino– separado de la casa principal por un estanque rectangular poblado de patos y cruzado por un puentecito con bancos. Es un jardín amplio y sereno, protegido del solazo local por una techumbre de viejos robles.

Un encanto de Groot Constantia es que también conserva un conjunto de edificios de servicio de diferentes épocas. El principal es la jonkerhuis, la casa del administrador, hoy un excelente restaurante del mismo nombre. Formando un patio cerrado, la flanquean las caballerizas, llenas de carruajes de época, y varias viviendas menores, hoy las oficinas del museo. Loma arriba, siguiendo una avenida con más robles, se puede encontrar una piscina de agua de arroyo revestida en placas de mármol, una manera temprana de decantarla para hacerla potable.



La fachada posterior del galpón de 1791, casi abstracta.